



**SONRISAS
Y
LÁGRIMAS**

**RELATOS COMO LA VIDA
CON SUS LUCES Y SOMBRAS**

LEANDRO RAMÍREZ RAYA

*“Más allá del horizonte está el límite
de nuestros sueños.”*



WWW.leandroramirez.2.ag

SONRISAS Y LÁGRIMAS

Son apenas las siete de la mañana y Esperanza camina justo un paso delante de su padre. Simón Casares y su hija van despacio. Llevar una persona ciega por las calles bulliciosas de la ciudad no es fácil.

Esperanza, con la vista perdida, mira a la lejanía. Quizás piense en el sueño que ha dejado entre los pliegues de su colchón de paja al levantarse temprano, aunque, de nuevo, creo intuir que su pensamiento esté ahora en otra parte.

Simón, como siempre, murmura maldiciones con la voz rota por el coñac de tantos años. Su piel, como cuero curtido, tiene profundos surcos de mucho sol y mala vida. La boca, con falta de dientes, produce un rictus entre sonrisa y burla. Los ojos inertes de color café están escondidos entre las arrugas de los párpados y siempre miran al frente.

La joven lazarillo, a sus dieciséis años, camina erguida. Morena de pelo y piel, lleva las trenzas fuertemente sujetas con lazos azules a la altura de los hombros. Sus ojos son negros, grandes y luminosos como los escaparates de las tiendas en las que tanto le gusta mirarse, y soñar... Sin duda alguna es una muchacha bonita.

—¿Queda mucho? —Pregunta el padre con el tono quejumbroso de siempre.

- No papa, ya casi estamos llegando.
—Ya sabes, hoy nos toca junto al banco.
—Lo sé papá, lo sé...

Sabe que será un momento, apenas durará unos segundos, pero, para ella, es muy importante. Tal vez sea la única alegría que refleje su rostro durante toda la semana.

Como siempre, para la ocasión, se ha puesto lo mejor que tiene. La camisa, la verdad sea dicha, está bastante “pasada” por las mangas y el cuello, y del color, en origen azul, sólo queda algunos trozos de un celeste indefinido. La falda estampada con flores y vivos colores apenas deja al aire las rodillas. Sus pies, juveniles y delicados, calzan las típicas sandalias negras de las mujeres de su tierra.

Simón, al andar, apoya su mano izquierda en el hombro derecho de su hija. Esperanza porta el silloncito plegable de madera y lona. El padre en la mano derecha lleva la flauta.

Este instrumento, junto con el coñac de siempre, es ahora toda su vida. Borracho o sobrio, únicamente se divierte tocando y haciendo versiones, más o menos, libres de las canciones que escucha en la radio.

A sus cincuenta y tres años, Simón, es un hombre amargado. Llegó a tener esposa y fue padre de tres hijos. Ya apenas le queda nada de eso. Su vida en las montañas acabó cuando tuvo el accidente. Una de sus borracheras lo llevó al fondo de un barranco. Del golpe en la cabeza no se recuperó, y lo dejó como está.

Las advertencias de su mujer durante años, nunca sirvieron de nada. Ella, harta de los golpes que recibió desde que se casó, y pensando en la vida que le esperaba junto a un lisiado, aprovecho la ceguera para quitarse de en medio.

En la ciudad, un corralón que antes era cuadra, es su “casa” ahora. Un poco de leche caliente, bastante aguada, y algo de pan duro mojado en ella, les dan las fuerzas para comenzar cada día. La única comida la realizan por la tarde, cuando vuelven de su diario “concierto”. Es una especie de almuerzo tardío, merienda y cena todo junto. Pero no hay más y tienen que arreglárselas.

A Esperanza le da pena su padre. Con ella nunca fue cariñoso, es cierto, pero tampoco fue malo. Ahora que ya no tenía a nadie —sus hermanos emigraron hace tiempo y se olvidaron de él— sentía que no podía dejarlo a su suerte. La muchacha, sólo se ilusiona pensando que tal vez su esfuerzo de ahora, algún día, tenga una recompensa.

—Ya hemos llegado —dijo Esperanza.

—Ponme junto a la entrada —respondió el padre.

De sobra sabe donde tiene que ponerlo, pero ella no dijo nada, ella nunca protesta.

Cada día de la semana tienen un lugar distinto donde “actuar”. Hoy, como todos los martes, es junto al Banco Meridional.

Cuando lo ve llegar pone la sonrisa más hermosa que tiene.

—Buenos días Simón, ¿cómo estamos? —Pregunta el joven empleado del banco.

—Muy bien señor, aquí esperando ver como se nos da el día.

—En eso estamos todos —dice el muchacho usando el tono justo por la buena educación recibida. Luego, volviendo la vista hacia Esperanza, comenta lo que ha crecido —¡cada día está más bonita! —y termina con una amplia y sincera sonrisa.

Esperanza se ruboriza y dos graciosos colores suben a sus mejillas morenas.

El empleado echa dos monedas en el sombrero que ella sostiene en la mano. La muchacha, ensimismada, lo mira sin decir nada. Cuando Simón escucha el tintineo del dinero, regaña a su hija por no dar las gracias.

—Gracias señor —dice la muchacha regresando a la realidad.

—De nada guapa, de nada —le responden sonriente—. Hasta luego Simón, haber si más tarde puedo oírlo tocar un ratito.

—En cuanto usted pueda. Yo estaré aquí toda la mañana y tocaré la canción que me pida.

El joven empleado, ágil y rápidamente, sube los cuatro peldaños que lo separan de la entrada del banco. El vigilante de la puerta, al llegar a su altura, lo saluda amablemente con una gentil inclinación de cabeza.

El corazón de Esperanza late deprisa, está tan orgullosa que le haya dicho que cada día está más bonita. Sin darse cuenta, sube un par de escalones y mira al banco. Intenta ver donde se sienta, donde trabaja, que hace. Pero nunca lo consigue, allí dentro hay mucho ajeteo, es otro mundo...

“—Doña Esperanza encantado de verla por aquí, su marido acaba de entrar —ella da las gracias por el amable saludo con una amplia sonrisa”

Simón Casares comienza a tocar una de sus canciones favoritas. Pasados un par de minutos, y cuando siente que su hija no realiza el trabajo encomendado, protesta airadamente. Para Esperanza esperar que le echen el dinero lo soporta, pero estar rogándole a las gentes unas monedas para el pobre ciego nunca lo ha llevado bien.

Lo hace por que no quiere enfadar a su padre y, en el fondo, supone que es su obligación.

—¡Una moneda para el pobre ciego señora! ¡Sólo una moneda por caridad! —Una y otra vez repite la misma cantinela. Su voz sale monótona, cansina, poco creíble...

”—*Mañana nos vemos para ir al concierto, paso a recogerte a las seis.*

Esperanza le responde que a esa hora estará lista —pero si tardo un poco no te enfades, es qué quiero estar muy guapa para ti —Él sonríe y le responde que más guapa no se puede estar.

Cuando lo ve alejarse con su reluciente traje azul marino un profundo suspiro le sale del alma.”

El tiempo en la acera discurre sin prisa, como si le gustara derretirse lentamente al sol de la mañana. La gente pasa por las cercanías, pone cara de circunstancias y no da nada. Sólo una señora mayor, que andaba muy despacito y un señor trajeado acompañado de una chica mucho menor, se dignan dar unas monedas.

Simón toca alegre, en su mundo de melodías es feliz. Disfruta como el mismísimo Ray Chales moviendo las piernas y el cuerpo al compás de la música. Sabe que lo hace bien. En los pocos momentos de lucidez, reconoce que, tal vez, es lo único que sabe hacer bien en la vida.

“En el escenario de un bar de película en blanco y negro, con su banda de Jazz de fondo, Simón, eufórico, toca la flauta. El murmullo de la sala se va acallando con las primeras notas saltan al aire. Mientras interpreta un melancólico “blues”, huele el aroma del humo de los buenos cigarros y el dulce aroma de los vasos de Ron. Las camareras, con faldas a medio muslo, pasean risueñas por el local. Sabe que cuando termine todos aplaudirán con fuerza. La copa de coñac estará sobre el piano, donde siempre.”

Cuando no la escucha de pedir, o no lo hace con suficiente ahínco, Simón deja de tocar y regaña de nuevo a su hija.

—¡A ver si pones más interés! ¡Si no pides no dan! ¡Si no dan no comes!

Ella, baja la cabeza y no dice nada. Se había callado porque vio acercarse a tres alumnas del colegio de “niñas pitucas” que es encuentra al volver la esquina. Siempre van riéndose, y al llegar a su altura, se apartan ostensiblemente y la miran con desprecio. A ellas no les pide, disimula y mira para otros sitio, pero no suplica caridad, a ellas no.

—¡Por favor! ¡Una moneda para el pobre ciego!
¡Sólo una moneda! vuelve a pedir tras las protestas del padre.

“Esta niña es idiota, quien va dar nada con la voz que pone. Seguro que está soñando de nuevo alguna de sus tonterías. Nunca está en lo que debe.”

Esperanza, de reajo, mira la hora en el reloj del banco. Quedan pocos minutos. En su constante pedir, disimuladamente, se va acercando al escaparate que le sirve de espejo. Allí se mira. Se arregla el pelo lo mejor que puede, y pone los lazos azules bien apretados y simétricos. Levanta sus pestañas con la punta de los dedos y, pasándose éstos con un poco de saliva, se limpia la cara. De repente descubre una mancha en su falda, intenta sacudírsela, una y otra vez, pero no sale. Da la vuelta a la falda lo de delante esta atrás, ya no hay mancha.

El día no está siendo bueno se nota que hoy es último martes de mes y la gente no llega sobrada como para dar limosnas. Al fondo del sombrero sólo cinco monedas tintinean al agitarlo.

Las once señala el reloj. Es la hora, ya estará apunto de salir. Seguro se detiene para oír a su padre y ella podrá sonreírle, espera con tanta ilusión que le devuelva la sonrisa.

”¿Dónde estarán mis pendiente? —Busca Esperanza terminado de arreglarse para la cita. Al encontrarlos se mira en el espejo y sonríe. Sabe que el traje azul-celeste resalta su belleza, todo el mundo se lo dice.”

El empleado sale del banco con los dos compañeros de siempre, pero esta vez alguien más va con ellos. Una muchacha, alta y con figura de maniquí de tienda rica, les acompaña. Su pelo rubio, corto hasta los hombros, enmarca una cara preciosa.

Los cuatro salen charlando y, sus sonrisas, denotan que son felices. Al llegar donde se encuentra el músico se detienen un momento.

—Sofía, éste es Simón y su hija Esperanza, vienen los martes y si vieras lo bien que toca la flauta —Sofía no dice nada, únicamente sonríe levemente. Sonríe como supone debe hacer una señorita bien educada.

Simón pregunta si quiere que toque alguna canción en especial. Pero los compañeros del empleado le recuerdan que tienen poco tiempo.

—Ahora no puedo tengo prisa, más tarde tal vez. — comenta el muchacho con voz de circunstancia.

Esperanza los ve alejarse riendo. Él no tiene ojos sino para Sofía, a ella apenas la ha mirado.

Para cruzar la calle, el muchacho, coge a la “señorita” de la mano. En la otra acera sus manos siguen unidas, unos pasos más y el empleado le echa el brazo por encima de los hombros y le da un corto y bonito beso en los labios, siempre sin perder la sonrisa.

Esperanza siente un nudo en la garganta que no la deja pronunciar palabra. Su padre la vuelve a recriminar.

—¡Esperanza pide! ¡No te quedes callada!; Nadie va darte nada si no ven que lo necesitamos de verdad!

Con lágrimas en los ojos y la voz destrozada por la tristeza, Esperanza comienza a pedir de nuevo. Las gentes que pasan se compadecen de la muchacha, no le pregunta

que le pasa, se lo imaginan y aportan las monedas que pueden. El padre siente como su hija solloza y las monedas caen en el sombrero.

—¡Eso es, ahora le estás dando el tono apropiado, sigue así! —comenta eufórico. Simón sopla la flauta con ganas y más fuerte que nunca, es una canción folklórica que siempre le gusto. El cuerpo se balancea enérgico y alegre acompasado a la música.

“Mira la hora, y ve que son las seis y veinte. El muchacho del traje azul no llega. Ella está arreglada desde hace treinta minutos, no quería hacerlo esperar. Se asoma a la ventana una y otra vez, cuando cruza frente al espejo siempre se arregla el pelo.”

Esperanza se muere de pena, su única ilusión acababa de cruzar la calle y se desvanece en el aire de la realidad. Sólo le quedan las lágrimas como recuerdo del cristal roto de sus sueños. La tristeza de ella es la alegría de su padre.

“Los aplausos en el Café Puerto Rico suenan fuerte. Simón con aire de falsa modestia inclina la cabeza, toma la copa de coñac y se la bebe de un trago. Los sones de la nueva canción comienzan.

—¡Muy bien! — dice el padre cuando Esperancita canta con sentimiento. La voz rota por las lágrimas le da a la canción el toque justo para hacer aflorar todas las emociones. Hacía años que su padre no tenía un gesto cariñoso con ella—. Lo estás haciendo muy bien —repite eufórico. Ella canta la canción con angustia, con dolor, ...con rabia. Siente toda la pena que cuenta la historia. Su padre la acompaña con una triste melodía. El público se identifica con lo que allí sucede. Simón siente un enorme orgullo por el éxito de su hija.”

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

